

PORTADA: Ernesto González Puig. *Guerrilleros alados* (1968).
CONTRAPORTADA: Ernesto González Puig. *Isla Solar* (1967).
REVERSO DE PORTADA: Leonora Carrington. *Comida con Lord Candlestick* (1938) y *El mundo mágico de los mayas* (1965-1966).
REVERSO DE CONTRAPORTADA: Arriba: de izq. a derecha: *Cafunga*, Giselle Monzón (Cuba) y *El Duque, su sombrero, el Jefe y su pluma*, Natalie Robertson (Nueva Zelanda).
Abajo: *¡Y voló como Matías Pérez!*, Claudio Sotolongo (Cuba) y *Hun Nal Ye, primera semilla de maíz, en el principio de los tiempos*, Yescka (ASARO) (México).

Directora
Luisa Campuzano
Subdirector editorial
José León Díaz
Consejo asesor
Graziella Pogolotti, Ambrosio Fornet y Antón Arrufat
Jefa de redacción
Conchita Díaz-Páez
Administrador
Iván Barrera
Redacción
Israel Castellanos
Corrección
Surelys Álvarez
Diseño
CJLCh
Edición digital
Luis Augusto González Pastrana

Redacción y Oficinas
Calle 4 # 205, e/ Línea y 11, Vedado, Plaza de la Revolución
Telf: 830-3665
E-mail:
ryc@cubarte.cult.cu
Web site:
www.ryc.cult.cu
Precio del ejemplar:
$ 5.00
atrasado: 5.50
Fotomecánica e Impresión:
Poligráfico ENPSES
Permiso
81279/143.

Publicación financiada por el FONCE

4 El entusiasta y «cándido» maquiavelismo de Mirta Aguirre
Mayerín Bello | Los valores de la escritura de Mirta Aguirre y su rigurosa profesión de fe marxista, son sometidos a inteligente análisis a partir de un artículo suyo sobre el autor de *El Príncipe,* obra cuyo quinto centenario conmemoramos.

8 Ana Lydia Vega: ¿pasión de historia o historicidio?
Margarita Mateo Palmer | La escritora puertorriqueña, hija descarriada de una vocación histórica compartida con sus contemporáneos, se torna matricida, asesina de esa fuerza que la nutre para crear una obra renovadora en la que el objeto mismo de sus agresiones, la Historia, renace con mayor fuerza.

11 *Aspersores:* ver a través de la niebla
Oriol Díaz | Un comentario sobre este libro, merecedor del Premio Nicolás Guillén 2011, acompañado de una selección de los textos que lo integran.

PARRANDAS: PATRIMONIO CULTURAL DE LA NACIÓN CUBANA
Decía un poeta que las tradiciones no son un sitio donde sentarse, sino un camino que debe continuar. Veamos qué caminos han seguido las parrandas en cuatro pueblos villaclareños.
14 Las parrandas de Remedios
Pedro Arango Ferrer
21 Caibarién y sus parrandas centenarias
Rogelio Menéndez Gallo
27 Las parrandas de Camajuaní: Del arte de imitación al desarraigo cultural
Alejandro Batista López
31 Parrandas de Encrucijada: La letra de algunas canciones y un comentario sobre dragones apagados
Amador Hernández Hernández

34 González Puig: en su tiempo y en el nuestro
Graziella Pogolotti | En ocasión de su centenario, reproducimos un emotivo retrato del artista-profesor, calificado por la autora como «el pintor de las islas».

39 La divina andadura. (A Ernesto González Puig)
Rafael Suárez Solís | Sobre este gran artista y una de sus más importantes muestras, opinó (también en *su* tiempo) uno de los mejores periodistas cubanos (aunque nacido en Asturias).

MEXICANAS
Grandes momentos de las mujeres en la Historia de México, reflejados en una variada gama de protagonismo, arte y literatura.
40 Leonora Carrington. Identidad, lucha, ideas, conquistas y riesgos de las mujeres en el siglo XX
María Eugenia Rabadán Villalpando
44 La alimentación y las tradiciones culinarias en los conventos femeninos mexicanos y en la novela *Como Agua Para Chocolate*
Pamela Bastante
49 El espacio vacío: (la) Malinche, la lengua y la traición: un viaje en el tiempo con Rosario Castellanos y Claribel Alegría (y otras escritoras de fines del siglo XX)
Catharina Vallejo
56 Rebeldes, ellas. Representaciones de la mujer y la Revolución mexicana en tres novelas femeninas del siglo XX
Irene Fenoglio Limón

DESDE LEJOS
60 Sneja Gunew
Ejemplo ella misma del multiculturalismo y la globalización, esta narradora formada en Australia y nacida en Alemania, de padre búlgaro y madre alemana, ahonda en «Lectura» y «Madre / Matrix» en los misterios del bilingüismo y de las relaciones familiares.

62 A TIEMPO
Color de Cuba: Portocarrero / 100 | Ramón Vázquez || Donde los trovadores dialogan y filman | Guillermo Rodríguez Rivera || Danza Contemporánea de cuba. Re-estreno de *Compás,* del holandés Jan Linkens | Reny Martínez || Blancanieves en ambiente taurino | Daniel Céspedes

68 VISTAZOS

70 ESPACIO ABIERTO

No. 3 julio-agosto-septiembre 2013 | Época V | Año 55 de la Revolución | La Habana, Cuba

Cada trabajo expresa la opinión de su autor.

González Puig: en su tiempo y en el nuestro*

Graziella Pogolotti

Ensayista, crítica y profesora. Premio nacional de Literatura y Enseñanza Artística, su más reciente libro es *El rasguño en la piedra* (2012).

Es bien conocida, en el ambiente universitario, la figura de Ernesto González Puig (1913). Y también en el ambiente artístico, donde siempre se han mirado con algún resquemor las tareas cotidianas del profesor, tan absorbentes. Aun cuando son frecuentes los casos de duplicación de funciones –del pintor-funcionario, del pintor-dirigente, del pintor-diplomático o del pintor-maestro–, suelen revestir otras características, desde el punto de vista estrictamente profesional. A veces se trata de una actividad transitoria, que puede marcar un paréntesis en la vida activa del artista y que podrá resultar, a la larga, un período de maduración, de reflexión acerca de la propia obra, una pausa antes del inicio de nuevos caminos. Lo más frecuente es que se trate de labores estrechamente relacionadas con el trabajo cultural, de un parcial cambio de perspectiva dentro de un ámbito semejante.

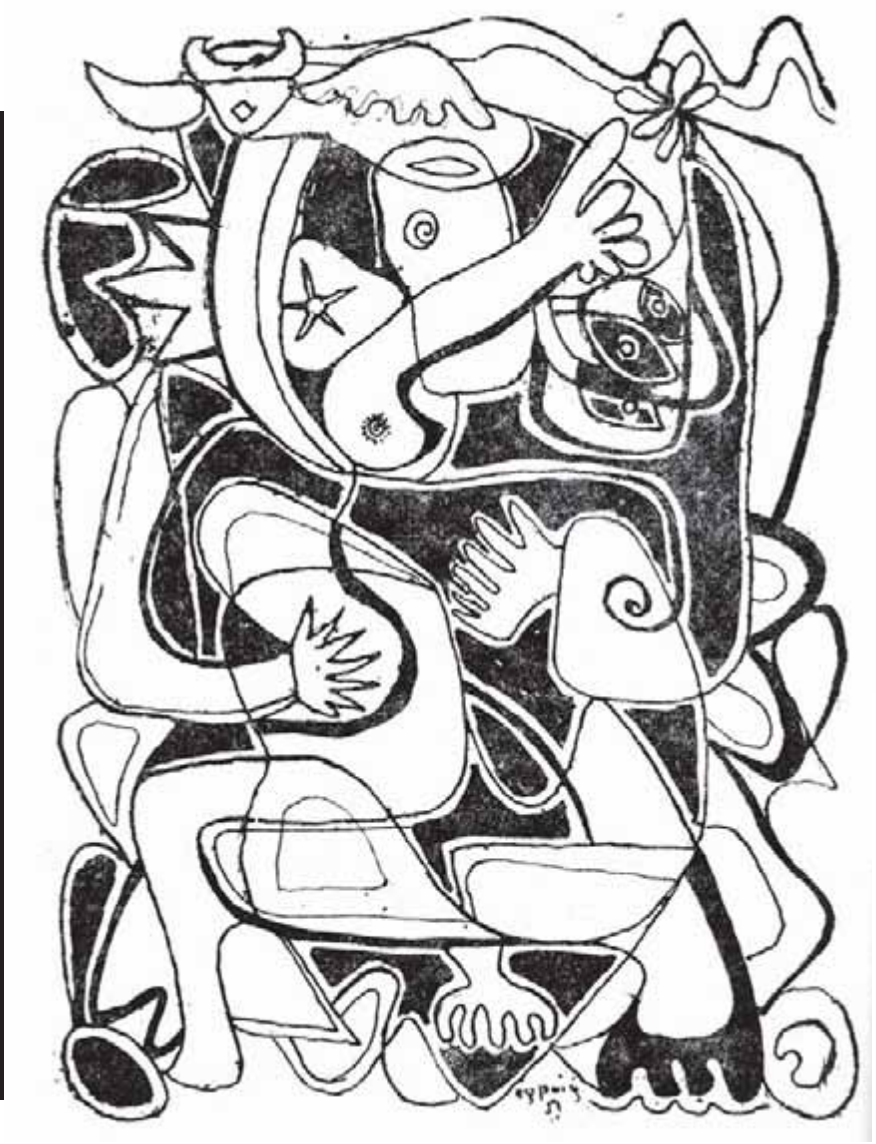
Pero el caso de González Puig difiere, en la medida en que se trata de dos actividades profesionales perfectamente diferenciadas, cada una de las cuales exige una forma de disciplina distinta. La del profesor procede fundamentalmente de estímulos externos: los alumnos esperan en el aula, en día y hora regularmente establecidos; los programas se cumplen según el plan calendario, que impone asimismo la entrega exacta de materiales docentes; con similar rigor se producen las reuniones científicas para el debate de problemas técnicos especializados. Por lo regular, el pintor está sometido a otra disciplina, la que le impone el aspecto artesanal que indudablemente tiene su oficio y la que se deriva de lo planteado en la ejecución y elaboración de cada obra. Porque, indudablemente, Ernesto González Puig no es *pintor de domingos*, si tenemos en cuenta que así se denominan los aficionados que, de manera más o menos ingenua, dedican sus ratos libres a una actividad artística. Por el perfecto dominio de su oficio, por el desarrollo consciente de una temática y de un estilo personales, por la vertebración de estos al movimiento general de nuestra plástica, González Puig es un profesional del arte.

Nacido en tiempos difíciles, no frecuentó academia de pintura, como tampoco pudo aprender mucha psicología en nuestra vieja Universidad. Autodidacta, por tanto, y así, por el camino más difícil, sacando luz de cada error, de cada tropiezo, se fue haciendo de ese oficio que es indispensable haber dominado para luego poder actuar con toda libertad, vencerlo, jugar con él, utilizarlo de la mejor manera.

Como decía, la obra de González Puig se integra de manera orgánica al proceso general de nuestra plástica del siglo XX. En un proceso que –visto con la perspectiva de medio siglo– asombra por su coherencia, nuestra plástica persiguió, por caminos personalísimos, la exaltación de valores nacionales que la república mediatizada parecía negar. El esfuerzo empecinado no desmerece de la lucha popular que se mantenía viva en otro terreno. No hay, en este sentido, contra-

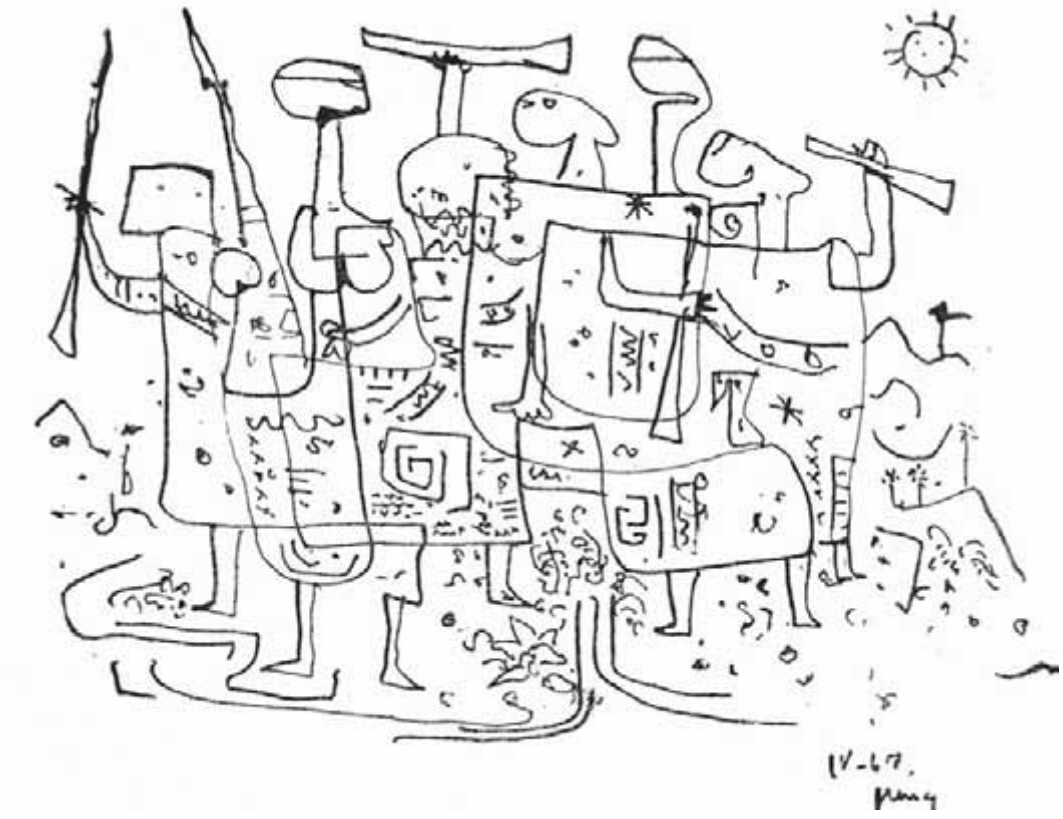


Ernesto González Puig. *Flora con rejas* (1977).





Izquierda: *Figuras* (1951).
Arriba: Guerrilleros alados (1968).
Abajo: Guerrilleros (1967).



Las ilustraciones fueron tomadas de la revista *Universidad de La Habana*, 206 (1977).



***Retablo* (1969).**

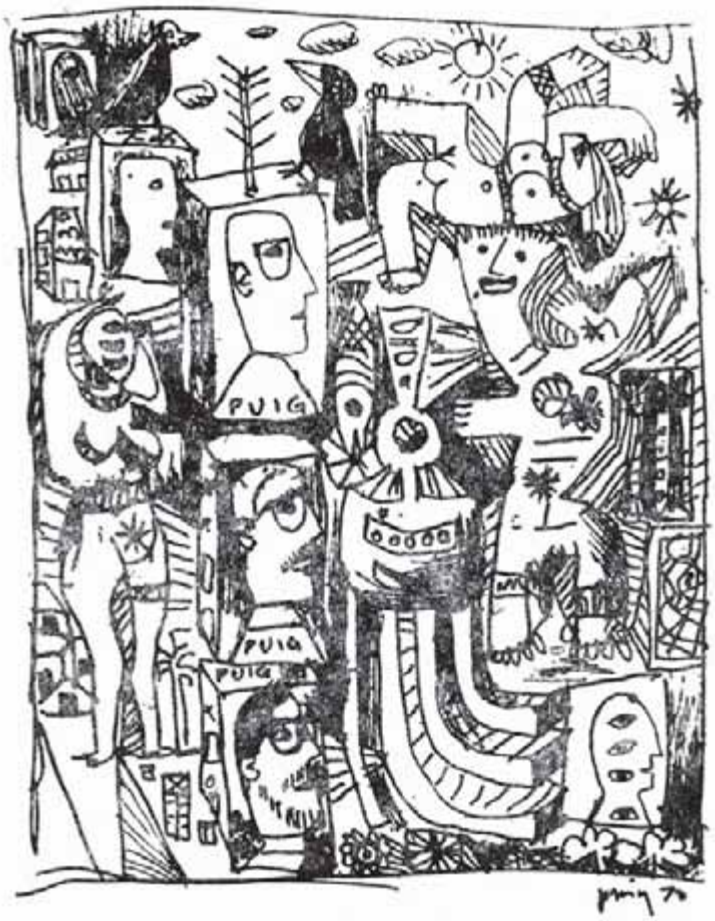
dicción alguna entre lo que tradicionalmente se ha denominado la primera promoción –la de los iniciadores– y la segunda, a la que se vincula la obra de González Puig.

Pero hay algo más. Un desciframiento cuidadoso de los cuadros más significativos de nuestra plástica contemporánea evidencia que la solución que se da al problema planteado conduce siempre a la búsqueda de una reconciliación con el mundo. De ahí el que la asimilación de las tendencias de la vanguardia europea no resulte mimética, sino libre utilización de fórmulas expresivas, de acuerdo con las exigencias de una realidad muy concreta. Así, por ejemplo, en uno de sus dibujos, apunte de la ciudad de Nueva York, González Puig juega con la perspectiva de tal modo que reduce los rascacielos a piezas de juguetería. Y, de repente, con las tejas y las volutas del primer plano, con la figura humana paseando por una calle solitaria, nos encontramos en una ciudad provinciana. Impresa como un sello en el centro de la composición, la figura de mujer puede ser recuerdo, homenaje. Si todo fuera un sueño, no sentiríamos en él la atmósfera de pesadilla que con tanta frecuencia aparece en el surrealismo europeo.

González Puig ha sido sobre todo el pintor de las islas. Isla somos y en las suyas encontramos toda la feracidad que vieron en la nuestra los primeros descubridores. De una gran riqueza de colorido, las que nos entregan sus cuadros parecen un gran trozo de carne viva de vegetación clavada en el espacio. En los dibujos encontramos el mismo motivo. Flores, yerbas, palmas, formas familiares que se entrelazan, tejen una trama compacta que nunca resulta hostil. Como tampoco lo es ese sol, persistente como una firma,



Tedio dominical (1946).



Izquierda: *Estudio para un retrato I* (1970). Derecha: *Sol* (1972).



Abajo: *Siembra de primavera* (1964).



con su corona de rayos, contemplando al parecer su propia obra natural.

Pero, ¿es realmente así? Aparentemente definitivo, el mundo de González Puig deja siempre una interrogante abierta. Cualquiera que sea su temática –y en ese sentido, nada más revelador que los dibujos, se advierte siempre la estrecha imbricación entre todos sus elementos, la necesidad persistente de no dejar cabos sueltos. Y no se trata de horror al vacío, porque cuando González Puig crea un espacio, lo delimita con precisión de clásico. Los *puerilistas* de nuestro siglo quisieron recuperar la infancia asumiendo con maestría la aparente ingenuidad del niño. El corte algo artificioso dio lugar a felices descubrimientos. Pero, en la verdadera madurez, ese mundo no muere del todo. Se integra a un feliz equilibrio de razón y sensibilidad, siempre abierto a nuevas inquietudes, a nuevas curiosidades. Con su corona de rayos, como el que pintan los niños, ese sol no responde a afán puerilista, ni a complicidad con el espectador: se integra a la isla, a la tierra, a la naturaleza, a una coherencia que es la del hombre.

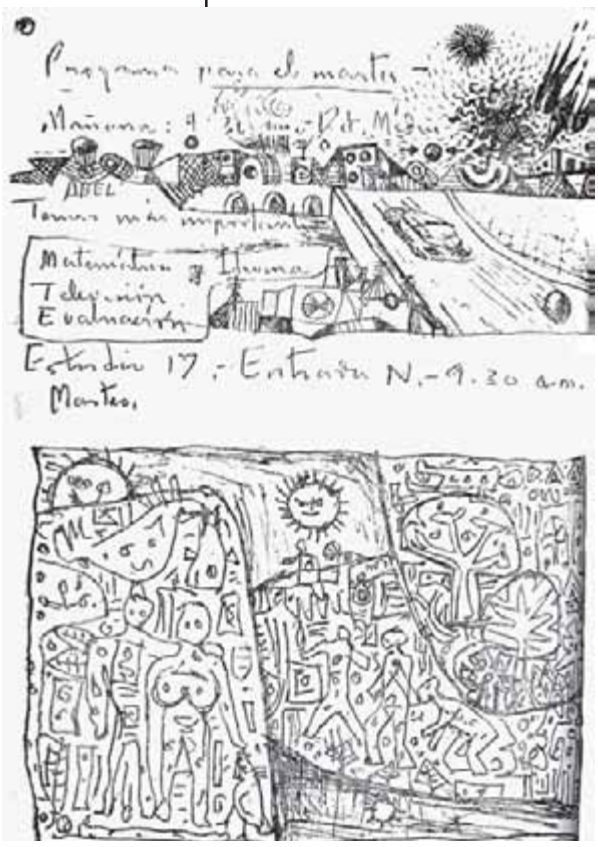
Para González Puig, el dibujo es fundamentalmente un instrumento de trabajo, una vía de análisis y reflexión con vistas a su obra mayor. Los que aquí presentamos constituyen un poco el equivalente del diario de un escritor. Por eso el pintor dibuja constantemente, y lo hace en reuniones, al margen de la agenda y al margen de otros apuntes, los de profesor de psicología. Y esos dibujos tiene, por ello, un doble interés: el que les otorga su propia calidad y el que despierta en los especialistas para la indagación acerca de las raíces de la creación artística.

* Tomado de la revista *Universidad de La Habana*, 206 (1977): 277-282.

***Siembra de primavera (Detalle,* 1964).**



***Abajo: Página de agenda* (1967).**





Isla arcaica (1966).

Costa Brava (1977)





Fauna solar (1972).

La divina ANDADURA*
(A Ernesto González Puig)

Rafael Suárez Solís

Lo primero que se advierte en la pintura de Ernesto González Puig –ahora en el Palacio de Bellas Artes, acogida responsablemente por el Instituto Nacional de Cultura– es el tiempo empleado por el pintor en cada cuadro. Se le ve horas y horas entretenido en pensar cada línea, cada matiz, cada forma, en espera de lo que pueda resultar. Desconfíese de los artistas con una solución preconcebida. Les pasa lo que a muchos escritores, con más fe en la anécdota que en la palabra, cuando en lo contrario está la gracia de los vocablos onomatopéyicos –el sonido de lo que significan–, como ferrocarril, redoble, trueno… La danza hace decir a Paul Valery: «¡Mira, mira! Empieza, ¿lo ves?, por una andadura divina; nada más que unos pasos circulares… Da principio con lo sumo de su arte, y con naturalidad avanza por la altura a que se encumbró». En la pintura y las demás artes son muchos los que empiezan por el final, sin vérseles el principio, que es donde puede y debe estar todo, para que la andadura sea divina. Por no hacerse así salen esos retratos sin nada del modelo, como no sea la máscara en que se funde el rostro para el acomodamiento en la impersonalidad, sin alma, sin psicología propia. O esas sonatas, donde el final, que debiera ser lo imprevisto, se pone de entrada para la prisa de un aplauso que ir luego a cotizar en la ilegítima moneda que los especuladores del arte llaman *curso legal*. Lo legítimo, sin embargo, se reconoce en el pintor que pinta para sí durante un tiempo ilimitado. Y si después los *demás* entraron en el secreto puro, ingenuo y desinteresado del pintor, será porque quedó cumplido el destino de la obra.

De ese tiempo, cuyo infinito está amasado de paciencia, viene la abstracción que en toda obra artística termina en lo reconocible, en vez de ese conocimiento de antemano que hace de lo que debiera ser ficción una vulgaridad: la mentira verdadera a cambio de la verdad recóndita: la única, la que no muere, como todo lo que manosea el vulgo.

Cuando se sigue –como Valery frente a la danza– el camino dado en la pintura por la primera pincelada, o el primer matiz, o el primer movimiento instintivo, se ve lo real que fue desde el principio el misterio que hay en la pintura de Ernesto González Puig; un pintor que no se propone hacer nada, y al que de pronto se le convierte el mundo de líneas y colores –no más exacto que un bosque soñado– en una catedral, un caballo que piensa humanamente, o tal vez una mujer nonata y hasta imposible de nacer, como esas que sin haber nacido son las que mejor ayudan a vivir fuera de la realidad: la vida que se desea haber vivido.

Y nada más. Porque con esto no voy a convencer a nadie de que González Puig sea un pintor, y que sólo lo es para los que saben lo que es el arte, y a los que pocos tienen en esa sabiduría. Los que necesitan una casa para vivir, una mujer para que les cocine –en el doble sentido del vocablo–, un automóvil en el que ir a ninguna parte, una radio que le eche a perder la música, una catedral que saludar al paso sin metérsele en rezos, no vayan a ver los cuadros de Ernesto González Puig. Los otros, sí. Esos que se agarran al asa del arte como a un clavo ardiendo. En este mundo donde hasta los náufragos creen vivir a salvo.

Flora con rejas (1977).



Nacido en Asturias (1881) y fallecido en La Habana (1968), fue, aunque luego haya sido en parte olvidado, uno de los más influyentes periodistas cubanos de la primera mitad del siglo XX, especialmente en temas relacionados con la cultura. Incursionó, además, en el teatro, la novela y la poesía.

* Publicado en la sección «Aguja de marear», *Diario de la Marina,* miércoles 3 de octubre de 1956.